

### Capítulo 3

Ismael sintió una oleada de ansiedad al descubrir que se trataba de una videollamada y no de una grabación. El rey Mimo estaba viéndolo, estudiando sus movimientos. «Debo mantener la calma», decidió el sacerdote. Sin desviar su atención de los enmascarados que estaban frente a él, se dirigió al monaguillo con voz firme. No podía permitirse que le hicieran daño.

—Pedro, márchate por la puerta lateral. Cierra con llave.

—Pero...

—¡Obedece! Y ni una palabra a nadie.

Pedro no dudó ni un segundo más y salió tan rápido como pudo.

El mimo aplaudió lentamente para después preguntar con aquella voz monótona y carente de emociones:

—¿Cuál es el veredicto, Calaveras? ¿Será esto altruismo?

—Jamás. —La mujer enmascarada sacudió la cabeza.

—Hipocresía —aseguró el hombre que sostenía el teléfono inteligente.

—No saben con quién se están metiendo —amenazó Ismael, intentando sonar seguro de sí mismo. Ahora que conocía quién estaba detrás del acoso, no podía dejar de temblar. Los Calavera habían sido protagonistas de la sección de sucesos en la prensa local durante meses. La banda se había graduado del robo al asesinato en tiempo récord. Cualquier error podría ser fatal—. El jefe de la policía es mi compadre y...

La mujer chistó, haciéndolo callar.

—¡Escucha al rey! —El hombre señaló la tableta—. Su palabra es ley, *curita*.

«¿El rey? ¿El rey Mimo?». Ismael sintió un miedo que nunca había experimentado antes, pero también comprendió que tenía que hacer algo. Estaba seguro de que si los Calavera así lo quisieran, él ya estaría tres metros bajo tierra. Volcó todo su esfuerzo en controlar sus sentidos, en memorizar cualquier detalle que más tarde lo pudiese ayudar a identificar quiénes eran sus atacantes.

Ismael se acercó a los enmascarados, estudiando detenidamente su lenguaje corporal, buscando alguna pista, mientras que sus dedos recorrían la superficie de una mesita en la que solía armar rompecabezas. Sabía que era una tontería, pero encontró algo de tranquilidad al ver

que no habían tocado el modelo a escala de la *Capilla Sixtina* en el que había invertido tantas noches de insomnio.

Excepto por ellos y su bidón de gasolina, el resto de la sacristía, aún en la penumbra, era igual que siempre: modesta, pequeña, sofocante.

Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, notaron que tanto el baúl de madera como el viejo armario (junto a la puerta que daba al callejón) estaban chorreando gasolina. «Una chispa y se desatará el infierno», pensó el sacerdote. Hasta ahora, había bastado con pulverizar y echar a la basura todas las imágenes profanadas, pero un incendio sería un secreto imposible de enterrar.

—Nadie sabe nada y eso no cambiará hoy. —Tras decir estas palabras, el Mimo acercó su inexpresiva cara de cerámica hasta cubrir casi toda la pantalla—. ¿Por qué mantener nuestros regalos en secreto, *padre*?

—¿Por qué? —preguntó el hombre que lo grababa.

—¿Por qué? —preguntó la mujer que sostenía la tableta.

—Yo sé el porqué. —El rey Mimo hizo una pausa y luego comenzó a citar textualmente un documento—. «Por medio de la presente, yo, Ismael Niebuhr solicito mi incardinación en...». ¿Incardinación? ¿Eso significa que se quiere marchar de San Isidro, padre?

Ismael apenas podía respirar. El rey Mimo le había robado su correo personal. Nadie sabía que él llevaba años persiguiendo su excardinación, excepto el obispo Héctor López, quien seguía haciendo oídos sordos a sus súplicas. Su desesperación le había llevado a cobrar favores para ganar la atención de un cardenal que inclinara la balanza a su favor, pero eso estaba tardando demasiado y ahora su peor pesadilla se había hecho realidad.

«Si la verdad asoma su fea cabeza, López tendrá la excusa perfecta para dejarme en este hueco como castigo por lo que pasó». Ismael no sabía cómo había terminado allí, haciendo lo mismo todos los días, viendo cómo sus sueños se marchitaban en un pueblo famoso por los esqueletos de sus construcciones inacabadas. Un lugar ignorado por el progreso. Un aborto de ciudad donde la endogamia, hasta no hacía mucho, era el pan de cada día. Ismael sabía que estaba destinado a más. Se merecía más. No podía quedarse allí, sacrificado por el obispo como un peón, para expiar públicamente pecados que no eran suyos.

—¿Qué quieren?

El Calavera imitó el sonido de una chicharra eléctrica.

—Pregunta equivocada, padre —corrigió el Mimo—. La pregunta es quién.

Aquella voz inhumana enervaba a Ismael.

—Si esto es un juego, tienen a la persona equivocada.

Ambos miembros de los Calavera se movieron en sincronía, como si fuesen reflejos el uno del otro, hasta rodear al sacerdote. Con un sonoro clic, el hombre abrió la tapa abisagrada de un encendedor metálico y rectangular, produciendo una llama homogénea y amarilla.

Ismael retrocedió un paso.

—Nadie escapa de sus pecados —aseguró el rey Mimo—. ¿Lo recuerda, padre?

—Está bien. —Ismael alzó las manos en señal de rendición—. ¿Quién?

—Ay de los hijos rebeldes que ejecutan planes que no son míos —dijo el Mimo—. Debes responder la pregunta, no hacerla.

El Calavera soltó el encendedor y las llamas estallaron tan súbitamente que Ismael tuvo que llevarse las manos al rostro para protegerse.

---

Título: **Esqueletos bajo la lluvia**

© 2017, Christian Nava

Disponible ya en Kindle Amazon